

EL RIO DE LA PLATA Y LOS SUCESOS DEL PACIFICO

Alejandro N. Bertocchi Morán **

Durante el reinado de Isabel II, España se halló inmersa en un turbulento período histórico marcado por desequilibrios políticos de diverso tenor que, al paso del tiempo, llevaron a la eclosión de disturbios y luchas civiles que agitaran al país por años.

Empero, pese a este panorama, la amplia bibliografía naval española define al período isabelino como aquél donde se vivió un renacimiento de la marina de guerra que elevó al reino a un rango acorde con parte del esplendoroso pasado. Y esto se tradujo, inevitablemente, en un nostálgico auge de las tendencias expansionistas, donde las añoranzas de aquel imperio donde jamás se ponía el sol quitaron el sueño a gran parte de los círculos más íntimos de la Corte. Y el recuerdo de las grandezas hispanas aún hacía mella en los espíritus.



S.M. Isabel II.

* N. de la D. La Campaña española del Pacífico es un evento histórico que abarca los años 1865-1866, pero que se inserta en la concepción de una empresa más amplia, con aspectos políticos, económicos y científicos, que se extiende desde 1862 a 1867, destinada en general a mostrar la bandera de España en aguas que habían sido por siglos un verdadero mar hispano, la que culmina exitosamente luego de un largo periplo globocircundante.

Todo ello no era necesariamente una expedición punitiva ni restauradora de posesiones territoriales, aunque alcanzó esa dimensión, sino una muestra del revitalizado empuje de la Madre Patria para remontar el curso declinante de su influencia ultramarina en un área de renovado interés, luego de años de abandono: el Pacífico.

Durante los años 1865 y 1866 esta fuerza naval circundó el cono sur sudamericano, concentrándose en particular en los países de la vertiente occidental, cuyos intereses nacionales y marítimos, por su parte, eran ya lo suficiente desarrollados como para cuestionar pretensiones foráneas sobre ellos y contaban, por lo mismo, con cierto poder naval, aunque embrionario.

Si bien estos acontecimientos históricos en torno a la campaña española del Pacífico se recuerdan en América con justificada exaltación patriótica, destacando hechos de guerra memorables, como el Combate de Papudo, de Abtao, el bombardeo de Valparaíso y el Combate de el Callao, en la península se la conmemora más bien como una valiosa hazaña naval en mares lejanos, con marcadas connotaciones políticas y diplomáticas, no exenta de brillo y logros encomiables.

Al cumplirse 130 años del inicio del paso de esa escuadra por estas aguas australes de América, cabe analizar estos acontecimientos con una perspectiva amplia y desde un punto de vista histórico-profesional, evaluando cada evento como una faceta de un todo inserto en una operación de presencia naval.

** De la Liga Marítima Uruguaya.

En esas horas poco quedaba, al menos, de aquella gigantesca España americana que había vivido más de tres centurias; sólo Cuba y Puerto Rico¹ y del resto solamente el orgullo de reconocer a un notable conjunto de naciones que conformaban Hispanoamérica. Por ende, desde la definitiva pérdida del dominio de éstas y hasta la asunción de Isabel II², los españoles se ocuparon férreamente de mantener sus últimas posesiones, aunque algo se intentó en otro sentido buscando un golpe de oportunidad, como ser la expedición del General Isidro Barradas llevada adelante en el año 1829 contra México, o la ocupación de Santo Domingo en el año 1861; todos hechos que no llegaron a más.

Bajo la férula del favorito O'Donnell se producen una serie de actos de penetración sobre diversos puntos en momentos en que algunos analistas definen a estas horas como el numen de otros intentos de intervención exterior. Es que la vieja Europa estaba consolidando su dominio sobre vastas zonas planetarias al compás de la aventura colonial, por lo que España no podía quedar atrás de tamaña empresa.

Así se suceden los intentos sobre el norte africano, Cochinchina, Santo Domingo, Guinea, Sahara occidental, otra vez México en el año 1861, hasta que arribamos a la ocupación de las islas Chinchas en el año 1864, un suceso que desatará un inesperado conflicto bélico con tres Repúblicas americanas en el marco de espectaculares acciones navales que han pasado a la mejor historia.

Cuba, Puerto Rico y las Filipinas constituían las posesiones hispanas más importantes. Su posición geográfica hacía que una potencia naval como España debiera tener diversas escuadras para su control y defensa de acuerdo con las vitales y prolongadas líneas de comunicación marítima que surcaban tres océanos. De forma que al filo del inicio de la administración isabelina se decidió estructurar diversas estaciones navales en puntos estratégicos del orbe, no sólo para brindar dicha protección sino para otorgar al comercio propio una segura colaboración cubriendo sus actividades y dando brillo a su bandera.

En el año 1845 se constituyó la llamada inicialmente Estación Naval del Río de la Plata, en

aguas donde, justamente, el venerable Apostadero Naval de Montevideo había basado aquellos esfuerzos que durante décadas habían transformado al Atlántico meridional en un lago de exclusiva posesión española, hecho reconocido por sus adversarios. De forma que desde esas horas los buques de guerra hispanos se hallaron, una vez más, cruzando las pardas aguas platenas y por ende siendo partícipes de las convulsiones políticas que vivían las jóvenes nacionalidades de estos lares, aún sin consolidarse en forma definitiva.

La llamada con justicia Guerra Grande que azotó ambas orillas del "río como mar"³, tuvo para la Real Armada una bastante destacada participación en un marco donde las intervenciones de las flotas extranjeras tuvieron un importante peso. Este conflicto en que se debatían las facciones rioplatenses, que en el terreno político nunca tuvo su fin, llevó a estos sufridos pueblos a la eclosión de una de las guerras más crueles e injustas que jamás haya soportado la América toda: El conflicto de la Triple Alianza contra la hermana República del Paraguay.

Así, la estación naval hispana debió hallarse en todas estas instancias, bien observando pasivamente los acontecimientos, ora protegiendo a sus connacionales o incluso interviniendo en forma por demás sugestiva como aconteció durante el famoso sitio de Paysandú⁴, donde la goleta de Su Majestad Católica (SMC) *Wad Ras* debió efectuar la evacuación de gran parte de la población civil y de los escapados de la masacre



¹ El fuerte de San Juan de Ulua se rinde el 18 de noviembre de 1829, siendo el último reducto español en la América continental. El Callao había capitulado exactamente tres años antes y el reducto de Chiloé lo hizo en el mes de enero de 1826.

² Asume en el año 1843, a los trece años de edad.

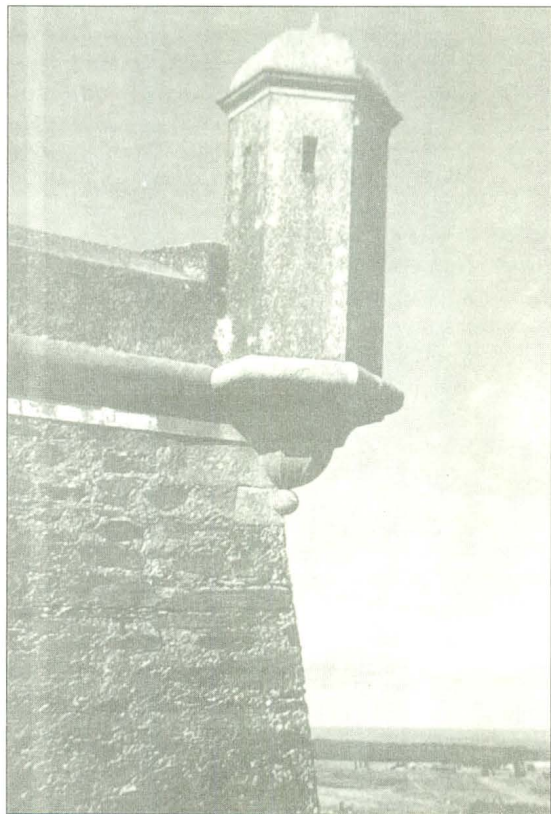
³ Definición emanada del lenguaje guaraní "Paraná guazú".

⁴ La ciudad de Paysandú, sobre el río Paraguay, resistió desde el día 6 de diciembre de 1864 hasta el 2 de enero del siguiente al riguroso sitio establecido por las fuerzas del General Venancio Flores y sus auxiliares brasileños, con buques al mando del Almirante Barón de Tamandaré. Al término del mismo, pese a la capitulación firmada, el General Leandro Gómez y su Estado Mayor fueron pasados por las armas.

final. Y en este sentido, y ante los ojos de los combatientes, los marinos españoles se ganaron tanto los elogios y el reconocimiento de gran parte de las opiniones del momento, como se hicieron de algún adversario, hecho inevitable en todas las épocas.

Pero a las gentes de la Madre Patria aún les esperaban horas más urgentes en otras aguas de este continente. Cuando en los primeros meses del año 1862 se supo la noticia de la tensión existente entre España y Perú, los buques de la dotación naval platense generalmente se hallaban en el puerto de Montevideo, dadas sus ya reconocidas bondades que le da su geografía como punto neurálgico de la navegación en la zona oriental americana.⁵

Realmente, esta potencia era adecuada a la función de mostrar bandera y proteger el comer-



Montevideo. La Fortaleza del Cerro.

cio propio, que además era bastante intenso en aquel momento, donde la exportación del tasejo hacia La Habana se hacía tradicionalmente en buques españoles, desde que el Presidente Fructuoso Rivera —en su primer mandato— dictara un decreto abriendo los puertos de la flamante República Oriental al comercio hispano.⁶ Empero, esta novísima situación hacía que inesperadamente se debiera reforzar el poderío naval propio en estas aguas, punto obligado de conexión hacia la recordada “Mar del Sur”, tal cual aquel pasado en que desde San Felipe y Santiago de Montevideo se esteló la ruta hacia el austro y los estrechos.

De forma que a lo largo de los meses en que se desarrolló este conflicto bien pudo suponerse que la entidad de la agresión hispana hacia los pueblos del Pacífico pudo dañar las incipientes relaciones de España con sus ex provincias ultramarinas, cosa no juzgada por los quijotescos impulsores de estas iniciativas, allá en las idas y venidas de la Corte isabelina, asaeteada por miles de rencillas y problemas domésticos, pero que, como ya es típico en las historias del constante devenir humano, bien puede servir un hecho exterior para hacer caer en los olvidos las cosas de entrecasa.

Pero a pesar de ello reconocemos que las circunstancias de este conflicto no alcanzaron nunca a afectar estas relaciones, hecho forjado, sin dudas, por la constante agitación que se vivía en esas horas y que obrara en favor de los intereses hispanos, para suerte del importante comercio que se hacía con la península.

El arribo de la llamada “escuadra del Pacífico”⁷ al puerto de Montevideo el día 4 de noviembre de 1862 significó una gran jornada para la comunidad española platense y para el mismo gobierno oriental, dando pábulos al generoso comentario de que nunca estuvieron mejor planteadas las relaciones con la ex metrópoli desde los días de Rivera. Y en las hojas de la prensa de la época podemos observar, no sin sorpresa, la entidad que alcanzó para todos la estan-



⁵ Los buques españoles en el Plata en ese momento eran las goletas *Concordia*, *Wad Ras* y *Virgen de la Covadonga* y los bergantines *Gravina* y *General Valdez*.

⁶ En el mes de enero de 1834.

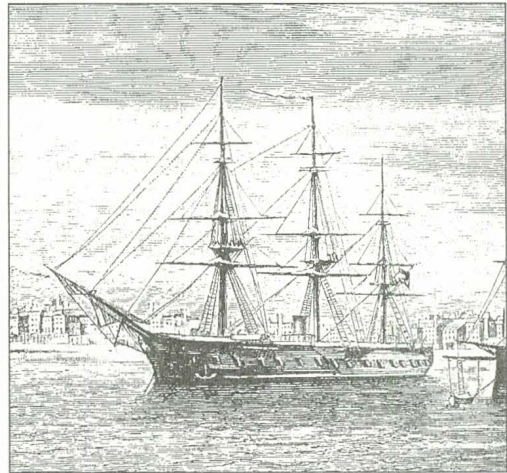
⁷ El Almirante Hernández Pinzón junto al Cónsul y al Estado Mayor de la flotilla fueron recibidos al día siguiente en el Fuerte, por el Presidente don Bernardo P. Berro y sus ministros. Los españoles partieron en el mes de enero del siguiente, quedando registrada en la prensa del momento las más diversas anécdotas sobre la personalidad del jefe naval hispano.

cia montevideana de los buques de Hernández Pinzón, quien hizo todo lo humanamente posible para aprovechar la hora visitando Buenos Aires y enviando sus saludos al Paraguay.

Ciertamente, esto fue toda una suerte para los intereses de la administración isabelina, pues desde entonces los refuerzos en buques y hombres enviados desde el viejo continente recalaron sin mayor problema en estas aguas y sólo acontecieron, en forma esporádica, una serie de manifestaciones exaltadas de la prensa y de varias personalidades, hecho que nunca alcanzó gran entidad por diversos factores, como serían la buena voluntad general de las autoridades y la extrema lentitud en la llegada de las noticias desde el teatro de la guerra, ya que las nuevas de los bombardeos de Valparaíso y el Callao arribaron bastante espaciadas en el tiempo y, por cierto, en momentos en que el Río de la Plata se hallaba plenamente inmerso en el marco del gigantesco conflicto de la confrontación de los aliados contra Paraguay. Y de este desgraciado producto de tantos años de rencillas y amargos desencuentros entre las nacionalidades rioplatenses, sacaría dividiendo el olvido de aquel otro inopinado choque, allá en las lejanas aguas del Pacífico.

Y como suerte de colofón a la estancia de los buques de guerra españoles en el Plata y a las instancias vividas en estas horas tan amargas para el continente todo, el día 13 de marzo del año 1865 hacía su entrada a Montevideo la fragata *Numancia*, al mando de Méndez Núñez, en circunstancias totalmente disímiles a lo anterior dada la situación de guerra que se vivía en razón de la guerra civil que asolaba los campos de la Banda Oriental. Y esto debemos unirlo a los días del regreso de la escuadra española desde el Pacífico al Atlántico, situación cambiante con referencia al resto ya que las reacciones del ataque contra el Callao comenzaban a calar hondo en la opinión pública de ambas orillas platenses.

Por ello bien se podría señalar que en el inmier-



Fragata "Numancia".

no del año 1866, ya finalizada la correría de los buques de SMC ante las costas del Pacífico y su enfrentamiento con chilenos y peruanos, el momento no daba para una continuación de lo pasado y la permanencia de la flotilla hispana en la zona ya estuvo marcada por el recelo y la sospecha, cuestión rápidamente disipada por el comienzo de las negociaciones para poner fin al conflicto, hecho apurado por la misma inestable situación española.

En suma, la repercusión de los sucesos del Pacífico en el Río de la Plata viene a significar el primer estallido de solidaridad continental desde los días de la emancipación y ello se hace basado en una misma historia común que, justamente, se vivió bajo esa bandera que inició este conflicto y que debió, por ello, ser enfrentada con los medios con que contaron los hermanos del Pacífico y que obró para que aquellas dramáticas jornadas de Papudo, Abtao, Valparaíso y el Callao queden señaladas en el tiempo con indeleble trazo.

BIBLIOGRAFIA

- De Marco, Miguel: "La armada española en el Plata", Rosario, 1974.
- Descola, Jean: "Historia de España", Barcelona, 1974.
- Ibáñez de Ibero: "Historia de la marina de guerra española", Madrid, 1939.
- Novoa de la Fuente, Luis: "Historia Naval de Chile", Valparaíso, 1944.
- Revista General de Marina, "La Casa de Borbón y la Armada española", Madrid, 1989.
- Santa Pola, Conde de: "La vuelta al mundo en la Numancia y el ataque del Callao", Madrid, 1927.
- Torro, Miguel: "La armada en el reinado de los Borbones", Barcelona, 1949.
- Yaniz, Juan Pedro: "La crisis del pequeño imperio español", Barcelona, 1974.